



## Como el aire de Abril (Novela, cap. VII, 1994)

ARTURO ECHAVARRÍA<sup>103</sup>

- ¿Cómo dice?

Desde el otro extremo de la línea telefónica una voz de mujer había formulado la pregunta y en su tono se adivinaba algo de incredulidad y hasta de suspicacia. Luego calló en espera de una respuesta.

A Juan González no le había resultado difícil encontrar la dirección y el teléfono de Amelia Sánchez en Mayagüez. Le bastó con llamar al periódico donde aparecía su columna. Mucho más complicado sería, sin duda, explicar a alguien a quien sólo había visto de lejos y en un par de ocasiones y con quien nunca había sostenido una conversación, la razón que lo obligaba a entrevistarse con ella.

-Quisiera hablar sobre un amigo mutuo -repitió Juan sin poder evitar que la voz traicionara algún titubeo.

- ¿Ah, sí?

-Se trata del profesor Chaves, de don Gerónimo Miguel Chaves.

Amelia Sánchez no respondió de inmediato.

-Soy un ex-alumno de don Miguel...

- ¿A ver?

**103** Arturo Echavarría es Profesor Emérito de la Universidad de Puerto Rico (Río Piedras). Se doctoró por la Universidad de Harvard. Ha sido Profesor Invitado en las universidades de Yale, Brown, Michigan State, Pennsylvania, OFINES, Málaga y Rabat. En el año lectivo 2002-3, el CISC le otorgó la Cátedra Dámaso Alonso. Entre sus varios artículos y libros publicados se encuentran *Lengua y literatura de Borges* (1983; 2006), *El arte de la jardinería en Borges* (2006) y la novela *Como el aire de abril* (1994). Contacto: echavarría@prtc.net.



**332** “Como el aire de abril” (fragmento de novela)

–Mire, yo siento muchísimo el tener que hablarle de este modo, pero por ahora no tengo otro, y créame que necesito verla.

Una vez más ella guardó silencio. Luego de unos instantes, dijo:

–No acabo de entender lo que usted quiere. –Déme una media hora, nada más.  
– ¿Usted está en Mayagüez? –No, en San Juan.

–Yo en realidad estoy muy ocupada y...

–Media hora.

–Bueno... Déjeme ver.

A Juan le pareció que Amelia Sánchez consultaba una agenda porque creyó escuchar en el teléfono el roce apresurado de papeles. Hubo un instante en que el sonido neutro de la comunicación se hizo espeso y opaco, como si alguien momentáneamente hubiera tapado con la mano el micrófono del auricular. Poco después, el sonido se aclaraba. Amelia Sánchez volvió a hablar.

– ¿Cuándo viene usted a Mayagüez?

–Cuando usted diga.

–Mañana a las dos de la tarde, entonces. En el Colegio. Frente al Edificio Char-dón. Yo francamente no recuerdo haberlo visto antes. ¿Usted me reconocería?

–Sí, claro. Mañana estaré allí. Gracias.

A eso del mediodía, unas nubes negras que poco antes habían aparecido en el sur cubrieron la ciudad y la envolvieron en una atmósfera caliente y pegajosa. La pesadez del aire, la luz amarilla que resbalaba por la superficie de casas y edificios, el calor que arrebatava el aliento, todo parecía anunciar la proximidad de la lluvia. Al bajarse del automóvil en Mayagüez, Juan se sintió ligeramente aturdido por aquel ambiente que lo oprimía todo. Había logrado estacionarse en una de las calles que daban a la plaza principal y comprobó que tenía tiempo para comer algo antes de la cita prevista con Amelia Sánchez para las dos. A



unos pasos del automóvil, encontró una cafetería con aire acondicionado. Entró. Mientras le preparaban el sandwich que había ordenado pensó en Isabel. Sintió un leve escozor en el vientre. Harían escasamente veinticuatro horas que se había embarcado para Portland vía Chicago. Durante el corto período que precedió el viaje la comunicación entre ellos fue escasa. Isabel se levantaba temprano por la mañana, se iba a la sede de Santurce y regresaba ya entrada la noche. Una tarde, la última, regresó temprano. En silencio recogió, ordenó y dispuso la maleta. No dejaba nada de lo suyo. Se movía por aquel espacio reducido con un aire aplomado y a la vez distante, como si ya se encontrara en otra parte. Sin embargo, no se notaba en su trato muestras de hostilidad alguna. Juan, quien había pasado la mañana haciendo llamadas por teléfono al diario donde publicaba Amelia Sánchez y a ratos la observaba desde una butaca de mimbre mientras revisaba apresuradamente un periódico, de momento sintió que no podía dejarla ir sin más. Se acercó, la abrazó por la espalda y le susurró al oído que la quería. Por unos instantes, ella dejó ir su cuerpo y lo apoyó en el suyo. Pero al estrechar él el abrazo, Isabel opuso resistencia y apartó las manos que comenzaban a recorrer su cintura. Se dio media vuelta y lo miró con determinación. Ya nada se puede hacer, dijo, me llaman y tengo que cumplir. Luego, dejó que su vista vagara hacia el balcón y, más allá, hacia el edificio de en frente, y musitó que la perdonara. Al día siguiente, en el aeropuerto, luego de haberla visto perderse en la maraña de gente que lentamente avanzaba hacia los puestos de seguridad donde se revisaba el equipaje de mano, cuando giró en redondo para dirigirse al parking en busca de su automóvil, se le presentó de pronto una única imagen de Isabel. Desnuda en la penumbra de una tarde reciente, la última en que habían hecho el amor, sentada en el borde de la cama, la mejilla en el hombro, los pies en el aire casi al alcance del piso y luego, dejándose caer muy lentamente de lado en las sabanas, un brazo y la mano colgando en la frescura de la tarde muy cerca del suelo, la mano frágil ligeramente ahuecada, en reposo, eso era lo último que recordaba de ella, la mano casi a la altura de las losetas sin tocarlas.

Comió sólo la mitad del sandwich que le habían servido y pagó a la cajera que vigilaba la entrada de la cafetería. Al salir, notó que unas gotas gruesas de lluvia comenzaban a salpicar las aceras y el concreto candente de la calle y que un vaho tibio y pegajoso se levantaba en torno a automóviles y transeúntes. Luego reventó el aguacero. La lluvia cayó con tal violencia que apenas le dio tiempo de



refugiarse en un zaguán cercano. Poco tiempo después, cesó el agua de modo igualmente inesperado y Juan pudo llegar a su automóvil con la cabeza húmeda pero con la ropa seca.

Frente al Edificio Chardón de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez, en un banquito a la derecha, cuatro estudiantes conversaban distraídamente. Mientras esperaba, pensó en Amelia Sánchez. Aquel encuentro le provocaba a la vez curiosidad y una especie de aprensión. Había leído con frecuencia sus artículos de periódico y encontraba allí un comedimiento y una cautela extrema que se traducían una y otra vez en lo que, más que juicios valorativos, eran extensas preguntas o dudas compartidas. Sin embargo, un amigo de Juan que había estudiado con ella en Mayagüez se la había descrito como alguien dado a súbitos accesos de cólera y, aún recordaba con precisión sus palabras, a arbitrariedades sin nombre. Una vez te pone la proa, le había comentado, mejor olvídате del resto y múdate a la Mona. ¿Y cómo sería aquella mujer con quien Miguel el viejo estuvo estrechamente vinculado años antes de casarse y, eso decían, que también después? ¿Qué habría en ella que diera paso a un influjo tan marcado y tan extenso sobre otra persona? ¿O era a la inversa, lo que ocurría era que ella no acaba de liberarse de él?

A la entrada del edificio apareció una mujer de mediana estatura, más bien delgada, pelo gris, que vestía un traje *sport* de corte impecable y muy bien entallado. Los ojos negros y almendrados junto a un maquillaje cuidadosamente aplicado, poca pintura en las mejillas, los labios casi color de rosa, le daban un aire algo fuera de lo común. Llevaba bajo el brazo un sobre manila tamaño legal y, al salir a la luz, se detuvo a examinar los alrededores. En esos momentos, la pequeña plazoleta estaba desierta y sólo él, con la camisa azul arremangada y las manos en los bolsillos de un pantalón caqui muy estrujado, permanecía de pie en el espacio abierto. Ella lo miró y frunció las cejas. Luego, de pronto dio media vuelta a la cabeza como si buscara, en el otro extremo de aquel espacio, otra persona. Juan, quien ni por un momento dudó que fuera ella, se acercó.

-¿La Profesora Sánchez?

-Dígame.



Amelia Sánchez se había vuelto hacia él y lo miraba con curiosidad y también con algo de desconfianza.

- ¿Usted es la Profesora Sánchez? - insistió

-Así es.

-Yo hablé con usted por teléfono...

-Sí, claro.

Ella tomó el sobre manila que llevaba bajo el brazo y lo sujetó con ambas manos junto a su cartera a la altura del pecho.

-Mira -dijo ella observándolo detenidamente-, no me parece que aquí podamos hablar con comodidad. Allá -y señaló el edificio que se encontraba al otro lado de la calle en un terreno más elevado-, frente al edificio de biología, hay donde sentarse. Por lo menos no tendremos que estar de pie y hay sombra.

Subieron en silencio la colina hasta llegar a una especie de plazoleta al otro lado del edificio que tenían enfrente. Una vez instalados en un banco de piedra, ella abrió la cartera y sacó una cajetilla de cigarrillos y un encendedor. Colocó un cigarrillo entre los labios y, ya a punto de encenderlo, lo miró y con un gesto inesperado extendió el paquete hacia él. De momento, Juan no reaccionó y sólo después de unos instantes, y, sin saber precisamente por qué, aceptó lo que se le ofrecía. Hacia años que fumaba esporádicamente pero de unos meses acá lo había dejado. Amelia encendió el suyo, le ofreció lumbre y, luego de guardar el encendedor en la cartera, dijo:

-No dispongo de mucho tiempo. Tengo una reunión del Departamento dentro de una hora.

-Yo estudié con don Miguel en la Universidad en Río Piedras. Fueron varios años -exhaló un poco de humo por la nariz. Sentía en la boca un desagradable sabor a una sustancia vegetal y amarga, a heno, a yerba seca. Con un gesto brusco, lanzó lejos el cigarrillo que acaba de encender-. Después lo ayudaba. Buscaba libros en la biblioteca, ese tipo de cosas. Me hice amigo de la casa.



-Dime, ¿a ti te ha mandado alguien aquí?

-En realidad, no.

- ¿En realidad?

- Lo que pasa, Profesora, es que no sabemos dónde está don Miguel.

- ¿Que cómo?

Ella había girado ligeramente en dirección del joven y lo miraba con algo de asombro.

- Que ha desaparecido. Y no hay rastros.

- Bueno, y... ¿entonces tú crees que yo sé dónde esta?

Juan González se inclino hacia adelante, apoyó los antebrazos en las rodillas y bajó la cabeza. Sintió que le costaba seguir hablando. Lo asaltó una duda. Cuán propia era, en realidad, aquella empresa a la que sin más se había entregado. Quién le daba derecho a hurgar en la intimidad de otros a quienes apenas conocía.

-A lo mejor, usted ha hablado con el últimamente -y se apresuró a añadir- o alguien le ha hablado a usted de él.

Amelia dejó caer el cigarrillo en la grama y lo apagó con el pie derecho. Colocó un brazo sobre el espaldar del banco, momentáneamente dispuso su cuerpo en una dirección contraria, y reclinó la cabeza un poco hacia atrás como si la apoyara contra algo. De perfil, el ojo almendrado que estaba al alcance de su visión pareció alargarse un poco más, quizá por el maquillaje, pensó, y, junto al cutis todavía muy terso y el pelo grisáceo cuidadosamente recogido y arreglado, el rostro se revistió, por un brevísimo instante, de un aire lejano y vagamente irreal. Ella no hablaba. Luego del chaparrón, el sol de la tarde había secado la tierra y sólo allí, por el exceso de vegetación, se sentía aún humedad entre la profusión de hojas secas que el viento revolvía a ratos y que daban al paraje una textura falsamente otoñal. Ella por fin dijo:



-Hace ya muchos años que no nos hablamos. Y cuando alguien me trae noticias, y siempre hay quien se presta para esas cosas, trato de no mostrar interés. Creo que así es mejor.

Se volvió hacia él y sonrió por primera vez. El nerviosismo que Juan había advertido en ella al principio había empezado a ceder y ahora él creía ver en Amelia una especie de equilibrio con visos de melancolía o de algo parecido a la resignación.

-Me imagino que te habrán contado la historia. Por eso estás aquí. De otro modo este encuentro no tendría sentido.

-Me hablaron de su amistad con él -Juan mintió y en seguida se dio cuenta de que no le era posible hallar justificación alguna para ello. En efecto, ahora sospechaba que aquella visita a Mayagüez no cumplía ningún propósito útil. Se había dejado llevar por las absurdas alegaciones del hijo de don Miguel, Miguel Ángel, y la urgencia de hacer algo.

-He dicho la historia, pero me imagino que en realidad te han contado *una* historia. La verdadera, a estas alturas, yo no la voy a alterar. Tampoco la voy a corregir.

Hablaba en voz muy baja, casi en un susurro.

- Lo que pasó entre nosotros es historia antigua y no puede interesar sino a los que les tocó vivirla. A nadie más. El resto es puro chisme. La gente no cesa de inventar.

-Entonces, no sabe...

-Ya te lo dije. No estoy en contacto con él; no lo he estado por mucho tiempo. Al concluir, Amelia Sánchez levantó ligeramente el mentón y ladeó un poco la cara en un gesto que luego se repetiría durante el transcurso de la noche. Todo trazo de aspereza había desaparecido y el ambiente ahora se adivinaba libre de tensiones. Juan la pudo observar con detenimiento y encontró que aún era muy bella.

-Ahora dime tú ya sin darle más vueltas al asunto, qué es lo que ha pasado -dijo ella entrelazando las manos.



Juan narró lo esencial de lo ocurrido pero omitió detalles que supuso podrían comprometer la seguridad de don Miguel Chaves. Relató las ausencias cada vez más prolongadas de la casa que se justificaban como reclamos del trabajo, su súbita desaparición, pero retuvo todo lo tocante a la nota que había recibido Nora. Se imponía prudencia. Las medias verdades, pensó para tranquilizarse, estaban ahora justificadas.

–Ya veo –dijo Amelia mirando un poco hacia un costado–. Es probable que la gente haya manufacturado un final feliz, o por lo menos dramático, a una historia de hecho inverosímil y simple. Nos hemos estado viendo todos estos años y al fin el decidió abandonarlo todo y venirse a Mayagüez conmigo.

Juan la miró atentamente y guardó silencio.

–Tú sabes –continuó ella–, cuando éramos novios a Miguel de momento se le metió en la cabeza la idea de que nos fuéramos a Francia. Seis meses, recuerdo, vivió como obsesionado con esa idea. Imagínate, recién terminada la guerra, sin un centavo, sin posibilidades de trabajo allá. Y esa era la época, además, en que leía mucho, pero en ese momento desarrolló una afición especial, sobre todo, por la literatura francesa. La comentaba sin cesar. Cansaba a los amigos y algunos veían ese entusiasmo excesivo con bastante recelo. A mí no me molestaba. Es más, compartía su entusiasmo.

Por primera vez, Amelia Sánchez sonrió abiertamente y a Juan le pareció notar en su mirada un centelleo momentáneo.

– ¿Ese entusiasmo era por el viaje a Francia? –preguntó él.

–Bueno, el viaje, sí, pero también por lo que leíamos.

Se detuvo, sacó otro cigarrillo de la cartera y lo encendió.

–Qué días aquellos –prosiguió–. Fabulosos. Yo estaba a punto de terminar mis estudios. Él había regresado de la Universidad de Columbia luego de haber cumplido con todos los requisitos del doctorado excepto la tesis. Le habían dado unas secciones de literatura en la Universidad aquí y había alquilado un apar-



tamento, que en realidad no era mucho más que un cuarto grande, en una de esas casitas de patio cerca de Isla Verde. Desde allí, lo recuerdo, a través de las persianas de madera, oíamos el mar y de noche parecía que las olas rompían muy cerca, un poco más allá de las ventanas. Sentados en el piso, tarde en la tarde, bebíamos un poco de whiskey y comentábamos lo leído durante ese día o el anterior. Y como que nos entregábamos a eso desordenadamente. Porque devorábamos libros muy disímiles, lo último que nos llegaba de Hispanoamérica, de Estados Unidos, novelas como las de Chandler y Ambler, que a él le gustaban mucho más que a mí. Y como ya te dije, lo de Europa, lo francés en particular. Había momentos en que todo parecía revolverse, no sólo que los libros amenazaban con meterse unos dentro de otros, sino que el día y la hora quedaban como anulados por aquellas presencias, y eso terminó por darnos un poco de miedo. Por lo menos a mí. Pero él estaba lleno de planes. Quería escribir de todo, cuentos, teatro, una novela, qué sé yo. Insistía en el viaje.

Aspiró profundamente del cigarrillo y con un gesto delicado, casi imperceptible, sacudió un poco de ceniza sobre la grama.

–Creo que después nunca hizo nada de eso. Viajó, si, justamente después de la guerra. Pero lo otro...

–Usted se pasa hablando de la guerra. Supongo que se trata de la Segunda Guerra Mundial y no la de Corea.

–Naturalmente –dijo ella como si aquella aclaración estuviera de más–. Eres muy joven.

–Entonces se fue a Europa –comentó Juan un poco cortado.

–A Francia. Después creo que a España. Pero imagínate, la guerra acababa de terminar. Aquello debió de haber sido una debacle. Él insistía en que yo lo acompañara. No sé si acabó por entender que era imposible. A veces se entregaba a las cosas con un furor... No a todas, pero a algunas... En verdad sobrecogía. –Hizo una brevísima pausa–. Me acababan de ofrecer un puestecito en la Universidad. Te podrás imaginar la alegría en esa época en que escaseaba el trabajo, en la que todo era tan difícil. Y por otro lado, la idea de irme con él un



poco así, a lo loco, me trastornaba. Pero no podía dejar pasar la oportunidad del trabajo. De paso, a él también le hubieran ofrecido algo permanente si lo hubiera solicitado, pero no quiso.

Ella calló y, por el gesto y la mirada, Juan supuso que pensaba que él no entendía, que no había comunicación eficaz entre ellos, o, si la había era defectuosa. Amelia Sánchez aspiró del cigarrillo por última vez, lo dejó caer y lo apagó con un brusco movimiento del pie derecho.

–Creo que nunca me perdonó eso, el que yo no fuera.

– ¿Y dijo qué pensaba hacer allá? Él había terminado sus estudios.

–En realidad, no había nada claro. Él tenía aun que ponerle punto final a la tesis y quizá podría terminar la investigación allá. También quería escribir. Pero, francamente –dejó las palabras en suspenso y desvióla mirada hacia el frente–, él tenía ese problema que, tantas veces, pienso que nos toca aquí a todos. Le costaba terminar cosas... cuando las terminaba.

–Entonces, por allá no pasó nada.

Amelia no replicó de inmediato. Él creyó notar en su mirada una vez más aquel centelleo momentáneo que había observado minutos antes. Luego ladeó un poco la cabeza y la inclinó hacia el frente. Sus dedos repasaban una y otra vez la superficie del sobre manila como si con ello fuera posible hacer desaparecer los numerosos pliegues que marcaban el grueso papel amarillo de un extremo al otro.

–Nadie, que yo sepa, sabe en realidad lo que pasó allá. A los pocos meses de haber llegado a Europa dejó de escribirme. Creo que no fue sólo a mí sino a todo el mundo. Al principio, cuando nos encontrábamos entre amigos, alguien siempre preguntaba si había quien supiera algo de él. Después, casi todos se fueron olvidando. Casi al año de haberse ido, un primo mío que pasó por París logró verlo por muy poco tiempo. Lo encontró fatal. Físicamente había cambiado. Notó, me dijo mi primo, que le costaba mantener una conversación y parecía haber perdido el interés por todo. Aquí se dijo que se había enfermado y que se trataba



más bien de una crisis nerviosa que de otra cosa. Pero esas eran especulaciones. Después fue a España y al año y medio de haber salido regresó.

Ella hizo un alto y lo miró. Juan pudo notar en el rostro una expresión de ecuanimidad y también algo de dureza.

-Nos vimos dos o tres veces, pero ya no era lo mismo - continuó ella-. Yo había conocido al que luego fue mi marido y Miguel seguía con aquellos vaivenes. Había como un ardor que no era nuevo en él pero que ahora estaba enfocado y dirigido de otro modo. Quería dejar constancia, decía, no quería que nada se perdiera. Hablaba como si quisiera aprender un idioma nuevo o como si ya hubiera empezado a aprenderlo pero sin saber bien cómo articularlo ni para qué servía. Me exasperaba. Cuando le preguntaba si había escrito, si había hecho algo durante la estadía allá, me contestaba con evasivas. Yo francamente creo que no hizo nada. -Volvió a hacer un alto-. Como siempre -añadió a modo de conclusión. Luego, en voz más baja-: Al poco tiempo vino la guerra de Corea y las protestas y los comités y los arrestos, pero esa es otra historia.

Amelia miró el reloj de pulsera y comentó que se le había pasado la hora de la reunión. Recogió la cartera y el sobre con ademán de levantarse. Juan, quien con las piernas cruzadas y el antebrazo derecho apoyado sobre el respaldo del banco, había estado escuchándola casi sin moverse, se puso súbitamente de pie.

-Yo tengo que oír lo que queda de esa historia -dijo con decisión-. Usted me entiende.

Ella se había levantado y estuvo unos minutos observándolo. Luego sonrió.

-Yo no sé por qué hago esto, pero está bien. Ahora mismo tengo que volver al Departamento.

-La invito a comer esta noche -dijo él.

-Bueno. Pásame a buscar más adelante, pero temprano, a eso de las seis y media, en el mismo sitio que nos encontramos.

Luego, sin despedirse, caminó en dirección del edificio de biología.



Una vez anotada la orden de la comida, el mozo se retiró. Habían pedido algo ligero, a base de pescado, y ambos sorbían con lentitud la bebida que les sirvieron en unos vasos chatos rebosantes de hielo. Del cuarto contiguo, donde se encontraba el bar, les llegaban ráfagas de boleros que alguna vellonera de las que ya casi no se ven hacia girar sin tregua. Aunque era evidente que Amelia se había maquillado hacia poco, sus ojos y la configuración de la boca, que por momentos apretaba como si sintiera súbitos arranques de impaciencia, le daban un aire de cansancio. Juan había pasado las últimas horas de la tarde dando una larga caminata por el pueblo y tratando de integrar la imagen que por tantos años tuvo de Miguel Chaves a la que ahora le brindaba Amelia Sánchez. Aquel Miguel joven, errático, indeciso, incumplidor por más, no compaginaba con el hombre aplomado y aparentemente sereno que había conocido. Y aquel período nebuloso en Europa no dejaba de intrigarlo.

—Entonces usted no lo vio mucho luego de su regreso de España.

Ella había encendido un cigarrillo y exhaló hacia arriba.

—Sí y no. Nos vimos, aunque no con la intensidad de antes. —Como si el cansancio se hubiera ido apoderando de ella, lentamente apoyó la mejilla en la mano en la que sostenía el cigarrillo—. En realidad, como te dije, la situación no era la misma. Nos vimos, sí, pero la comunicación entre nosotros... no era igual. En él había más entusiasmo y a la vez más, cómo diría, reserva. Parecía que estaba a punto de centrarse en algo pero no lo lograba. Ya te dije que cuando le hacía ciertas preguntas me contestaba con evasivas. En realidad, nada era igual que antes.

—Así que el cambio fue de veras grande.

—Mira, no. Tan cambiado no estaba. Sí te puedo decir que se veía más abierto, más atento a lo que pasaba a su alrededor. Pero eso del cambio, me contaron, fue después.

—¿Después?

—Después de que regresó de Corea.



-Yo había oído decir que estuvo en esa guerra, pero que de entrada se había negado a servir en el ejército, o algo así.

-De un modo muy general, él se opuso a esa guerra. Yo también en principio me oponía -dijo apretando los labios-. Ya él había regresado de Europa y no nos veíamos tanto. -Se interrumpió por unos instantes. No éramos pocos y sí éramos de muchas y distintas persuasiones. Nos querían acusar a todos de comunistas y había entre los compañeros algunos que pertenecían a ese partido pero no todos comulgábamos en el mismo altar. La mayoría queríamos la independencia para el país, otros querían otras cosas, todos los que nos oponíamos a aquello que no considerábamos nuestro lo que queríamos era la paz. Por eso vimos con simpatía el Comité por la Paz y ayudamos un poco.

- ¿Los dos?

-En realidad, yo estaba algo más metida en el asunto que él. Pero fue a él a quien por poco lo llevan arrestado un día en que estaban repartiendo hojas sueltas del comité en la Ponce de León, en la dieciocho. Y había hasta una mesita con sillas y todo en la acera. Miguel había repartido temprano por la mañana y a esa hora se encontraba hablando con unos amigos más abajo en la avenida, en la esquina, cuando llegaron las autoridades. Se bajaron de los carros gritando, me contaron, y arrestaron a los que estaban en la mesita y los que estaban con papeles en la mano. Miguel y los otros tuvieron que hacer gestiones para buscar las fianzas y eso era muy difícil porque te podrás imaginar que mucha gente no se atrevía. Pero Miguel pudo conseguir por lo menos para un par de ellos.

El mozo llegó con una gran bandeja, la apoyó sobre una esquina de la mesa y dispuso frente a ellos lo que habían ordenado.

-Así que a don Miguel no lo arrestaron.

-Estaba bastante alejado, como te dije, cuando llegaron ellos y se hicieron los arrestos. Además, él nunca se había inscrito como tal en el comité, sólo ayudaba y asistía a las reuniones. Pero el hecho es que Miguel quedó muy sobresaltado con todo aquello y fue a ver a Raúl Núñez, el abogado amigo suyo que había sido compañero en la Universidad y que como él se las daba de literato. Raúl



siempre ha sido ayudador, a pesar de todo, y fue uno de los que se comprometió a buscar el dinero de la fianza.

– ¿Salieron bien?

–Raúl siempre se ha movido mucho –bebió un sorbo largo–. Demasiado para mi gusto. Primero fue independentista, después popular, después republicano y anexionista por muchos años y ahora quien sabe. Pero a pesar de ser bastante inflexible, siempre estimó mucho a Miguel, aunque a veces decía que *he didn't have all his marbles*, esa era la frase que usaba. Se reía, se reía con cariño y decía que de él se podría esperar cualquier cosa. Ayudó. Otros abogados jóvenes y conocidos también hicieron lo mismo porque todos tuvimos que movernos para buscar ese dinero y menos mal que la gestión se logró. Aunque fuera a medias. Pero poco después llamaron a Miguel al ejército junto a muchísimos otros jóvenes y se lo llevaron a Corea. A Raúl Núñez, Peyo Miranda, Pepín Mercado y hasta Memo Herrero, que, a pesar de pertenecer al mismo grupo en la Universidad, era bastante mayor que los otros. Se decía, sin embargo, que a Miguel lo ingresaron a la mala en el ejército para castigarlo. Pero a mí –dijo con un poco de impaciencia–, me está que son habladurías de la gente. Porque no había constancia alguna de que él trabajaba para el Comité.

–Es verdad que lo de Corea no era Vietnam, pero dicen que de todos modos fue bien duro– dijo Juan.

–Bueno, a los puertorriqueños los ponían juntos. Eso tenía desventajas porque dicen que los mandaban con frecuencia al frente, pero alguna ventaja debía tener. –Con el tenedor hizo un ademán de explorar el plato que comenzaba a enfriarse–. El hecho es que me contaron que de Corea Miguel volvió muy distinto.

–Distinto, ¿cómo?

–No sabría decirte porque después que regresó, lo que se llama verse, ya no nos vimos más. –Hizo una pausa–. Temo que si no empezamos a comer pronto se van a llevar los platos.

Juan escurrió el vaso y empezó a comer. Amelia Sánchez levantó la cabeza y dijo:



-Se me ocurre que quizá pudieras pasar a ver a Memo Herrero. Creo que vive relativamente cerca, en Isabela, y sé por un hijo que vive en Añasco y que me encontré hace un par de años que su teléfono está en la guía. Como te dije, era mayor que todos nosotros pero empezamos juntos en la Universidad y al terminar el tercer año, cuando ya faltaba poco, le dio con que la Universidad no servía sino para sujetar el pensamiento y lo abandono todo. A la larga terminó trabajando en Isabela. Es muy inteligente pero desbaratado y un poquito -hizo un alto y sonrió- desbaratado y, bueno, tiene unos cuantos tornillos flojos. No me explico cómo sobrevivió la guerra de Corea. Su nombre es en realidad Alfredo Herrero. No sé qué más puedo decirte.

- ¿Y usted piensa que él puede ayudarme?

De inmediato ella no contesto. Se limito a mirarlo con un nerviosismo no exento de suspicacia.

-No puedo decirte de fijo. Adivino, como creo que estamos adivinando todos. Durante mucho tiempo anduvieron siempre juntos, Memo, Raúl y Miguel. A pesar de que Memo resintió cada vez más el apego de Miguel por la Universidad. Déjame saber si averiguas algo más.

Luego comieron en silencio. Era evidente que en el transcurso de la noche el cansancio la había ido desgastando poco a poco y, por primera vez, Juan pudo notar en la frente y en los alrededores de los ojos la piel seca, plegada en pequeñas arrugas. Al retomar el diálogo, ella optó por orientar la conversación hacia asuntos relacionados con su trabajo. En un momento dado aludió a su única hija. Trabajaba en publicidad, sobre todo, en lo relacionado con la televisión.

-Conoce al hijo de Miguel -dijo ella-. Parece que es todo un personaje y les da problemas. Está empeñado en brillar en la televisión. Creo que aspira a ser un presentador de programas o algo parecido. Se pasa persiguiéndola para que lo conecte.- Frunció los labios y calló

Poco después, luego de despedirse y de verla caminar calle abajo, ligeramente inclinada hacia el frente, y luego desaparecer en busca del automóvil, la imagen misma de una inocencia apesadumbrada, Juan se quedó largo rato parado en



**346** “Como el aire de abril” (fragmento de novela)

la puerta del restaurante, tratando de recomponer el día. En un momento, se recostó en la pared de cemento que la noche poco a poco había ido refrescando y escuchó, desde las profundidades del bar, la voz meliflua y un poco quejumbrosa del cantante que, con un fondo de trinos y arpegios de guitarra, entonaba “Soy un turbio corazón que vaga...”.